

**reseñas**



# Tribulaciones de un escritor

*Leticia Flores Flores\**

*Esa visible oscuridad. Memoria de la locura*, de William Styron,<sup>1</sup> llegó a mis manos por un azar. El título me provocó tanto curiosidad como suspicacia; sin embargo, desde el inicio su contenido me atrapó. Cuánta razón tenía Freud cuando aseguraba que los poetas podían hablar mucho mejor que los especialistas sobre los asuntos del alma. Hasta entonces, ese autor me resultaba conocido por haber escrito aquella novela que sería llevada al cine en la década de 1980: *La decisión de Sofía*. Nada más. Ahora, la lectura de *Esa visible oscuridad*, me ha impulsado a conocer más de su vida y su escritura, lo cual a su vez, hace que estas memorias adquieran una textura distinta, mayor sentido quizá.

Este breve escrito me causó una honda impresión. Me hizo ver de una manera “inédita” el problema de la depresión, un tema que no era nuevo para mí. Ha estado presente en mi trabajo clínico, en la docencia, en la vida cotidiana, desde hace ya muchos años. En la literatura y el arte en general no es difícil reconocerlo. Cuántos personajes de novelas memorables encontramos, los de Shakespeare, Gabriel García Márquez, Camus, Amoz Oz, y tantos, tantos otros

\* Profesora-investigadora, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

<sup>1</sup> William Styron, *Esa visible oscuridad. Memoria de la locura*, México, Grijalbo, 1992.

que hablan de su soledad y su dolor. Los personajes de Styron, Nat Turner, Sophie, por cierto, también. Pero algo distinto provoca la lectura del libro que aquí presento. Lo recomiendo ampliamente y espero en esta síntesis logre despertar el interés del lector.

Styron sufrió, por un lapso de 6 o 7 meses, una profunda depresión. Los primeros signos se mostraron en el verano de 1985, cuando este autor rondaba los 60 años, simultáneamente con dos sucesos importantes que tuvieron lugar en esas fechas en su vida. Uno de ellos aparece como un rechazo, una intolerancia física a ingerir alcohol. Styron se encuentra repentinamente forzado a dejar de consumir una sustancia con la cual se había llevado bastante bien en su vida. Lo que a simple vista pareciera un acontecimiento positivo para la salud, para este escritor fue catastrófico. Su cuerpo no toleraba lo que él anhelaba o necesitaba de algún modo.

El otro acontecimiento tiene que ver con una noticia recibida; la fundación francesa Cino del Duca lo había elegido para otorgarle un reconocimiento tan generoso como importante. Debía, por ello, acudir a París en los próximos meses, asistir a la premiación y a una comida en su honor, noticia que de acuerdo con la lógica racional no podía más que producir júbilo y orgullo, elevación del sentimiento de sí, como diría cualquier psicoanalista. Para este autor estadounidense fueron dos sucesos que parecieron marcar el inicio de un proceso —solamente reconocibles en el *après coup*— que iría tomando un curso acelerado hacia la devastación tanto física como mental. Estando ya en París, a finales de octubre, en la víspera de la ceremonia de premiación, Styron se “quiebra”. Logra, sin embargo, acudir a los compromisos que adquirió al aceptar aquel premio, como también a otros previamente contraídos, pero en un estado de enajenación tal, que hasta el mismo lector se siente por momentos angustiado. Regresa de inmediato a Estados Unidos a atenderse, lo cual, desgraciadamente, no es el final de la historia. Al tiempo que toma cuanto medicamento le recetan, la picada hacia el abismo continúa. Los síntomas: angustia, inanidad, estupor, desamparo, degradación de sí, insomnio, dolor —físico y anímico—, desesperanza, pérdida del sentido de la vida, aplanamiento psíquico total, todo esto lo tenía capturado. Las frases que utiliza

Styron para describir lo que sentía son elocuentes y diría también, muy bellas. Cito al azar algunas:

La oscuridad me invadía tumultuosamente, tenía un sentimiento de terror y enajenación y, sobre todo, de sofocante ansiedad (1992:26).

Era una sensación cercana –aunque indescriptiblemente distinta– al verdadero dolor [...] No es fortuito el obligado recurso al término “indescriptible” [...] tal incompreensión ha obedecido por lo común no a falta de compasión humana, sino a la incapacidad básica de las personas sanas para representarse una forma de tormento tan ajena a la experiencia de cada día (1992:31-32).

[...] una situación de desvalido estupor en que la cognición era reemplazada por esa “zozobra positiva y activa” (1992:32).

[...] la feroz *interioridad* del sufrimiento había producido una confusión inmensa (1992:35).

Pero en la ciencia y en el arte proseguiré, sin duda, la búsqueda de una representación clara de su significado, que a veces, para aquellos que lo han conocido, es un simulacro de todo el mal de nuestro mundo: de nuestra discordia y caos cotidianos, nuestra irracionalidad, guerras y crímenes, tortura y violencia, nuestro impulso hacia la muerte y nuestra huida de ella mantenidos en el intolerable contrapeso de la historia (1992:135).

Cometería una injusticia al autor si dijera que se trata de una mera descripción del dolor o de los síntomas que causan la depresión. El libro es, me parece, mucho más generoso, pues rebasa en mucho la anécdota o la queja. Me hace recordar, por cierto, el libro de Vicente Quirarte, *La invencible*, en el que aborda el mismo problema –a propósito del suicidio de su padre– con igual sensibilidad y belleza.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> V. Quirarte, *La invencible*, Joaquín Mortiz, México, 2012. Ambos citan, dicho sea de paso, la misma idea de Camus: sólo hay un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio.

Styron no sólo comparte reflexiones en torno a su “trastorno”, como se le llama en estos tiempos. Aporta datos y reflexiones sobre el tema. Es una reflexión sobre la vida y la muerte. Es también, por supuesto, el triunfo de la vida por encima del goce que implica la cercanía a las profundidades del infierno. Nos habla también de personas cercanas a él que no lograron sobreponerse y encontraron como única salida posible el suicidio. Tal es el caso de su amigo Romain Gary, de su empatía con Camus y la sospecha de que su muerte sólo en cierto sentido fue accidental. De la intolerancia por parte de los otros a aceptar que personas como Primo Levi, Abbie Hoffman o Randall Jarrell hayan optado por este camino. Cuando Styron comparte con el lector su fantasía en torno de “ese absoluto terrible –la destrucción propia–” (1992:55), nos relata la forma como lo acechaban los fantasmas de la muerte, postrado en una mezcla de terror y fascinación, preparando su fin pero también aplazándolo. Se debatía entre la forma como debía dejar este mundo, si al estilo de un Pavese, con un contundente “no escribiré más”, o dedicando a sus amigos, a su esposa, a sus hijos, notas, cartas, despedidas que a pesar de todo, no podía realizar.

Su libro es poner en palabras y compartir esa experiencia, llevarnos de la mano a la reconstrucción más personal de las posibles causas de su crisis. Sí. La intolerancia al alcohol, pero, confiesa, eso fue sólo el detonador. Pensándolo bien, debía haber más. Styron escribió no más de cinco o seis novelas; y se daba cuenta que tres de los protagonistas que había creado en ellas se quitan la vida. Considerado uno de los representantes de la literatura estadounidense del siglo XX, este escritor fue también muy criticado. Hablar desde la voz de un negro, o tocar el tema del holocausto desde un personaje no judío, resultó provocador para algunos. Implicó no sólo aproximarse a contenidos donde se abordan asuntos dolorosos, sino también colocarse él mismo, de alguna manera, en el borde, extraño en su propio país.

A veces Styron parece adoptar las tesis de la psiquiatría hegemónica cuando se detiene a explicar lo que causa la depresión. Y aunque no parece interesado en adoptar ninguna postura, su alma inquieta lo va haciendo volver la vista atrás y revisar, hurgar, hacerse preguntas. Sugiere la cuestión de *la pérdida* como central. No se trata de cuestiones materiales evidentemente, aunque los síntomas puedan

despistar: por ejemplo mediante la manifestación de un profundo desasosiego por haber perdido unos lentes, unas llaves, un cuaderno. Tampoco tiene que ver con el hecho de vivir en un contexto familiar o social tormentoso, donde mejor es deprimirse que estar consciente de dónde o con quién uno está. Al contrario. Siempre tuvo el respaldo, la compañía, el amor solidario de su esposa e hijos. Styron busca, como Edipo, la verdad de su padecer, aunque sea doloroso o insoportable, quiere saber, quiere comprender. “La depresión –dice–, cuando a la postre llegó a mí, no era en realidad ninguna extraña, ni siquiera una visita totalmente improvisada; llevaba decenios llamando a mi puerta” (1992:127).

Su búsqueda lo conduce finalmente a su pasado, su historia infantil, su vínculo con un padre afectado del mismo mal, así como la herida que le dejó la muerte de su madre cuando él tenía trece años. Es también en esa época cuando nace el deseo de ser escritor.

El espíritu inquieto del autor de *Las confesiones de Nat Turner* lo llevó a investigar, a querer saber sobre esta “enfermedad”, conocer los estudios al respecto. El tratamiento farmacológico fue la opción ofrecida y se sometió a ella sin oponerse. Más tarde hará un balance sereno con respecto a la intervención de los diversos especialistas que tuvieron contacto con él durante esta crisis. Balance sereno pero que no deja de apuntar a una severa crítica a los especialistas que tenemos que ver con el sufrimiento humano. Los medicamentos no siempre son un recurso seguro y exento de contrariedades. A veces, como él mismo asegura, esto puede llevar a una condición mucho más grave. Es sorprendente cuando afirma que a él lo salvó el hospital. La terapia grupal o el taller de arte que formaban parte del programa de la institución, se tornaron sólo espacios para reconocer que la depresión también engendra “compañerismo duradero”. Nada más, y nada menos.

¿Cómo llegó Styron a salir del estupor y pedir auxilio, primero a su esposa, luego al hospital donde permanecería algunas semanas? Fue, dice, en un momento bizarro, inesperado. Se encontraba frente al televisor donde proyectaban un film en el cual se escuchaba la Rapsodia para contralto de Brahms. Es una pieza inspirada en un poema de Goethe:

¿Quién es ese, allí afuera, del otro lado?  
 En la espesura del mundo ha extraviado su camino;  
 tras él se cierra la maleza,  
 la hierba vuelve a erguirse tras sus pasos,  
 el páramo infinito lo devora...  
 Ay, ¿quién aliviará sus sufrimientos  
 si para él todo bálsamo se torna veneno,  
 si ha bebido el odio de los hombres  
 después de apenas sentir la fuerza de su amor?  
 Fue despreciado, ahora él los desprecia  
 Y consume secretamente  
 su propia valía en un vano egoísmo.  
 Si hay entre tus himnos, oh Padre de amor,  
 Una música que consuela,  
 ¡alivia con ella su corazón!  
 Aclara los ojos nublados  
 que pueda ver las mil fuentes  
 que junto al sediento  
 fluyen en el desierto.

J.W. Goethe  
*Harzreise im Winter*

Styron lo comenta:

Este son, al que, como toda música –como a todo placer en realidad–  
 había permanecido yo insensible, en mi aturdimiento, durante meses,  
 me traspasó el corazón como un puñal, y en un desbordamiento  
 de recordación súbita pensé en todas las alegrías que la casa había  
 conocido: los niños que habían correteado por sus habitaciones, las  
 fiestas, el amor y el trabajo, el sueño honradamente ganado, las voces y  
 el ajetreo, la sempiterna tribu de gatos, perros y pájaros, “risa y donaire  
 y Suspiros, / y Vestidos y Rizos”. Todo esto, comprendí, sobrepasaba  
 con mucho lo que jamás podría yo abandonar, más aún cuando lo que  
 con tal deliberación me disponía a hacer excedía en tan gran medida  
 lo que me era lícito infligir a aquellos recuerdos, a aquellos seres, tan  
 entrañables para mí, con quienes los recuerdos se vinculaban. Y no  
 menos imperiosamente comprendí que no podía cometer aquel sacrilegio

conmigo mismo. Me valí de algún postrer destello de cordura para percibir las atroces dimensiones de la dinámica de muerte en que había caído (1992:104).

La experiencia del dolor es parte de la vida misma. Es señal que nos advierte, nos detiene, nos exige hacer pausa, reencausar el mal, cuidar nuestro cuerpo. A veces es una tenue señal, a veces es un grito. A veces nos mueve y a veces nos paraliza. El umbral del dolor puede ser de tal intensidad que nos rebasa y estalla. El dolor puede entonces invadir la vida, llevarla al extravío, hacer de la muerte amenaza inminente.

Tenemos la fortuna de contar con un testimonio invaluable, bello, que abre y muestra las heridas, pero también advierte y previene, cuestiona agudamente, quizás sin proponérselo, a los profesionistas. Nos muestra que la depresión sigue siendo un enigma que espera todavía ser resuelto.

